

—Como tú quieras; vamos allá—y arrojó el pitillo que fumaba, pues parte del diálogo se había desarrollado en el patio a donde salimos con la excusa del tabaco; en realidad para no llamar la atención con nuestra charla en la sala del baile.

Reparada la falta, hecha la presentación, al lado de Rosa María pasé el resto de la velada. Bailé con ella, y con ella charlé ampliamente todo el tiempo que duró la fiesta.

Las jovenzitas, en sus vueltas de noria a lo largo del salón, nos miraban burlonas al pasar junto a nosotros. No faltando algunas, desaprensivas o envidiosas, que se acercaron a darnos la enhorabuena. Entonces Rosa María poníase colorada, y su belleza aumentaba con el rubor.

¿Qué misteriosa atracción, qué brujo sortilegio, ejercía sobre mí aquella mujer para así fascinarme? ¿Era su voz acaso, cadenciosa y dulce? ¿Era tal vez su mirada, limpia, franca y leal? ¿Sería su encanto mayor aquélla su sencilla modestia...? ¿No me estaría engañando con un caso de espejismo, nacido tal vez de aquel mi afán de reivindicar, a los ojos de aquellos señoritos ignorantes y de aquellas zafias damiselas, el concepto de Rosa María?

Elo fué que nuestra despedida más propia pareció de dos buenos y leales amigos, que de personas que sólo un instante hacía se conocieron.

Cuando salimos del Casino, exclamó Pepe sonriente y burlón:

—¡Al fin hicieron pesca las redes de «la Incasable»!

--¡Qué sabes tú! —repliqué con presteza, zaherido por las que yo sospechaba irreverentes palabras.

III

A solas en mi alcoba, acostado ya, y un poco desvelado, mi imaginación se entretuvo en evocar escenas, que se iban sucediendo rápidas, cual proyecciones cinematográficas. Primero, las emociones sentidas por mí al lado de Rosa María Guitán. Después, el cuento escuchado a doña Isabel, que yo relacionaba con «la Incasable». Luego, los trabajos de aquel día en la finca de mi amigo para investigar la situación de un yacimiento de plomo argentífero, que Pepe quería explotar bajo mi dirección y en mi compañía. Mi viaje hasta el pueblo, también fué recordado. Ya en los umbrales del sueño, confusos y borrosos—como proyección deficiente, falta de luz y desdibujada,—vinieron a la memoria los recuerdos de cosas y sucesos acaecidos en Madrid algún tiempo antes: la última comedia vista en eslava; la cena íntima con Esmeraldina, la célebre cancionista, que me tenía cautivo de sus hechizos; la discusión científica habida con los compañeros en la oficina del Ministerio de Fomento. Y otras muchas nonadas y pejuñeces que sólo en estos instantes adquieren importancia, complaciéndose en ahu-